

ganizador..., criminal!... ¡Y el jugador un infame..., el que envenena la existencia de sus honrados padres..., el verdugo de su familia..., el asesino de su esposa y de sus hijos!...

Y, horrorizado de sí mismo, y como si el ruido del dinero y la voz del tallador fuesen los acusadores que le recordaban en aquel instante su criminal conducta, maldijo el día en que se apartó de la senda de sus deberes, y salió precipitadamente a la calle, echando una mirada de indignación sobre la concurrencia.

Duval hizo una seña para que se acercara, a un hombre que, sentado en una silla, había estado presenciando todo con la mayor imperturbabilidad.

El hombre se acercó, y Duval le dijo en voz baja:

—¿Ha visto usted, doctor, al anciano padre de ese joven que acaba de salir?

—Perfectamente—contestó Willey.

—Me interesa saber dónde vive; búsquele usted, pues, y no le pierda de vista; si toma un carruaje y se va a México, sígale usted en el mío hasta ver en qué casa entra.

El doctor, sin detenerse un instante, salió a cumplir las órdenes de Duval, quien, aunque inquieto y sobresaltado interiormente, se volvió a sentar en la mesa de juego, fingiendo la más tranquila calma.

## CAPITULO X

### Continúa la feria

Era el tercero y último día de la feria de Tlalpan.

La gente empezó a llegar de México al pueblo de la fiesta desde las tres de la tarde, hora en que los dueños de los almacenes y tiendas cierran en ese día sus establecimientos con objeto de que los dependientes disfruten del regocijo general.

Aun no había la suficiente concurrencia de «puntos» en la casa de juego de Duval, y éste y el doctor, por lo mismo, dejando a cargo del director la «banca», se paseaban en una pieza contigua, entregados a una conversación interesante para ellos.

—¿Es decir que nada ha dejado usted por recorrer para encontrar a ese anciano?—preguntó el primero.

—Nada; recorrí la plaza, las fondas, el palenque de gallos, asistí por la tarde al baile del Calvario, y, por último,

en la noche, al que se celebra en los Gallos, y en ninguna parte pude dar con él.

—¿De manera, que se puede asegurar que no está ya en Tlalpán?

—Sin duda; ni en ninguna de las posadas de México tampoco, porque ayer marché a la ciudad y las recorrí, dando las señas del individuo, y nadie le conoce ni me dió razón de él.

—¡Es cosa extraña!

—Tal vez se habrá marchado a su pueblo, al cerciorarse de la conducta de su hijo, único motivo que lo trajo, según aseguró en su enojo.

—¡Ojalá sea así!—contestó Duval pensativo.

—Pero, ¿qué teme usted de él? ¿Ha tenido usted jamás otros negocios que los de fabricación de moneda?

—¿Yo?—dijo titubeando Duval—. No..., ninguno...

El doctor, con su vista perspicaz y escudriñadora, leyó en la conciencia de su interlocutor, y dijo para sí:

—Me oculta algún secreto.

Y luego añadió en alta voz:

—Siendo así, nada debe inquietarnos. Solamente nuestros corresponsales pudieran alguna vez llegar a sospechar algo; pero ese anciano, si no me engaño, no se cuenta en el número de ellos.

—Es verdad—contestó Duval, siempre preocupado con una idea que le había asaltado.

—Además de que no creo que será muy difícil informarnos de quién es.

—¿Cómo!... ¿Ha encontrado usted algún medio para conseguirlo?—preguntó Duval, pasando repentinamente de la reflexión a la alegría.

El doctor, que no perdía la más ligera gesticulación de su interlocutor, entreabrió los labios, dejando ver en ellos una sonrisa maliciosa, y contestó con gravedad:

—¿Qué mejor medio que el juego? ¿Hay jugador a quien le dure el arrepentimiento veinticuatro horas?

—Ninguno.

—Pues bien; esas veinticuatro horas han pasado, y el hijo de ese anciano volverá a este sitio, atraído por la sed del oro, y entonces podremos saber por él mismo lo que tanto parece le interesa a usted.

—Tiene usted razón; tal vez se encuentra ya en la sala de juego.

—Probablemente, y si aun no está, estoy seguro de que no nos hará esperar mucho.

—¡Dios lo quiera!, porque cualquier cosa me sobresalta y me inquieta, temiendo que se descubra nuestro secreto, y que perdamos en un instante el fruto de tantos años de peligroso trabajo.

—En usted está poner término a esas zozobras. Realicemos todo, abandonemos México, y busquemos en Europa los goces que nos brinda.

—¡Clotilde!... Esa mujer ha sido hasta ahora el valladar que se ha opuesto a mi partida. ¡Oh!... ¡Yo no podría vivir sin ella!... ¡Sus desprecios y su resistencia han sido el combustible poderoso que ha ido dando mayor fuerza al fuego de mi amor, hasta haberle convertido en una hoguera constante y devoradora!... Pero, por fortuna, ya está próximo el día destinado por su padre para nuestro enlace; y tan luego como alcance la dicha de llamarla mía, partiremos juntos para Europa.

—¡Dios quiera que no se presente algún nuevo obstáculo!

—¿Obstáculo?... ¿Y cuál se puede presentar?

—No lo sé; pero temo que esa mujer sea el origen de nuestra desgracia; a ella y a su amante les protege el infierno.

—Así parece.

—El era dueño de un manuscrito, que, según la mercachifle doña Anita, prueba la inocencia del padre de Leopoldo; y si ese manuscrito no consiguió la ex brigadiera extraerlo de donde lo tenía guardado, como a usted se lo prometió, puede sernos de fatales consecuencias.

—Es cierto.

—Y yo creo que existe en poder de su temible rival de usted, porque a habérselo quitado la mercachifle, ya hubiera venido a entregarle a usted ese manuscrito, por el cual le ofreció usted una buena gratificación.

—Tal vez no haya podido verme, porque caí herido a los pocos días.

—Pero en los que transcurrieron antes de esa desgracia, ¿había algún obstáculo?

—No, ciertamente.

—Pues bien; si existe en poder de Leopoldo, ¿quién quita que ese hombre, momentos antes de la ceremonia, se presente con el manuscrito al señor Landeta para convencerle de la inocencia de su antiguo amigo Cabrera, impida con este incidente el enlace de usted con Clotilde y logre, por último, alcanzar la mano de la joven que adora?

—¡Es cierto!... Y ese temor es el que me inquieta a todas horas.

—Si esto sucede, no le quedará al señor Landeta para

con usted más que el lazo del reconocimiento a la generosidad estuidada que usó usted con él, devolviéndole los bienes que había perdido; pero como desde esa época ha dejado de jugar y sus rentas y negocios le han dejado gruesas sumas de utilidad, que le ha ido a usted ahorrando, fácil le será pagar lo poco que aun le debe, quedando así libre de todo compromiso.

—¡Oh! Su vuelta al sendero de sus deberes, ha empezado a trastornar mis planes. Pero nada debemos temer. Muy pronto tendré la dicha de llamar mía a la mujer que adoro; y una vez dueño de su mano, nada nos detendrá en este país. No falta para la realización de mi deseo más que el corto término de algunos días.

—Y, sin embargo—repuso el doctor—, mi présago corazón me anuncia que en esos pocos días vamos a tropezar con escollos terribles.

—¿Con Leopoldo?

—Tal vez. Ese hombre es temible si, por desgracia, tiene aún en sus manos las pruebas de la inocencia de su padre.

—¿Y si, por fortuna, cayeron en poder de doña Anita?

—Entonces nuestro triunfo es seguro y nada hay que temer.

—Pues es preciso averiguar lo que ha pasado.

—¿Cómo?

—Marchando a ver a esa mujer y preguntándole si se apoderó del cuaderno. ¿Le conoce usted, doctor?

—Yo no; me habló usted de ese asunto pocos días antes de que hiriesen a usted; pero no me indicó usted quién era esa doña Anita.

—Entonces vivía en la misma casa de don Leopoldo; en uno de los cuartos inmediatos.

—¿Y vive aún allí?

—Lo ignoro.

—Pues yo me encargo de saberlo, preguntando a las vecinas por ella, pues su nombre y la circunstancia de ser mercachifle, deben darla a conocer a todos.

—Confío en usted, doctor.

—Ya sabe usted que a mí me interesa tanto como a usted este asunto; así es que espero salir airoso de él.

—Corriente. Pero dejemos nuestra conversación, y marchemos a la sala de juego, donde acaso estará ya el hijo de ese anciano que me importa saber quién es.

—Marchemos—dijo el doctor; y siguió a Duval al sitio en que estaba la «banca», pensando cómo se informaría de si vivía aún la mercachifle en la calle de Tacuba sin que

Leopoldo, que habitaba la misma casa, llegase a saber que preguntaba por ella y despertase sus sospechas.

¡Cuán lejos estaba el doctor, al meditar en la manera de indagar dónde vivía sin hacerse sospechoso, que la mujer a quien buscaba, era la misma que estaba de portera en la casa en que Luz gemía presa!

Y es que Willey nunca había fijado la atención en aquella mujer cuando iba a visitar a la hermosa Elisa a la calle de Tacuba, ni había entrado en conversación con ella nunca.

El doctor, cuando iba a ver a su cautiva Luz, entraba siempre de noche, y con mil precauciones, bien por el balcón en que le esperaba la mujer que hacía las veces de carcelera, y al cual subía por una escala de cuerda, bien abriéndole ella la puerta, sin que lo supiese doña Anita, para lo cual había conseguido del dueño de la casa la licencia de tener una llave aparte.

He aquí, pues, explicada la causa de por qué no sabía que su portera fuese la misma mercachifle a quien ahora necesitaba buscar.

Willey y Duval, como hemos dicho, entraron después de la conversación a que les vimos entregados en la sala en que estaba la banca.

El concurso era ya numeroso.

Duval y Willey dirigieron la vista a todas partes, pero no vieron a la persona que buscaban.

Sin embargo, con la esperanza de que no tardaría, se sentaron a tomar parte en el juego.

Entre los «puntos» que más notables se hacían por el oro que tenían delante, el principal era Diego, que con algunas alternativas, había llegado a ganar hasta aquel momento, mil quinientas onzas, que las había dejado depositadas en la «banca» en que seguía jugando.

No se había levantado de su asiento en los dos días, más que los instantes precisos para desempeñar las funciones necesarias a la vida.

El capital que tenía era suficiente ya para hacer la felicidad de una familia; pero en lo que menos pensaba él entonces, era en su mujer y en sus inocentes hijas.

Mientras él exponía a una carta centenares de onzas, ellas perecían de necesidad en el rincón de su pobre casa.

¿Qué le importaban a él las miserias de los otros, ni cómo acordarse de ellas, si su corazón se saciaba, y su memoria estaba fija en un solo objeto: el oro?

¿Qué amor puede tener a los objetos más caros de la naturaleza el hombre que deja las caricias de sus hijos, las dulces

y cariñosas palabras de amor de su esposa, los goces de la familia y la tranquilidad del hogar doméstico, por la repugnante compañía de hombres viciosos y corrompidos, por la pesada atmósfera de una sala de juego en que se respira con dificultad, y por la desesperación y las palabras de ira de los que sólo se han reunido para arruinarse mutuamente?

La sala, entre tanto, iba llenándose de gente que llegaba de la capital.

Millares de carruajes se detenían en la entrada de la plaza.

De uno de ellos saltaron en aquel instante varios jóvenes de elegante porte, que se dirigieron inmediatamente a la casa de juego más cercana, excepto uno de ellos, que, menos ambicioso o más observador, se puso a pasear por la plaza, poniendo cuidado en cuanto le rodeaba.

Este joven era Félix, el dependiente de Flan y supuesto primo de Soledad, que había ido a Tlalpan con objeto de hablar al señor Duval sobre un asunto de comercio que le había recomendado mucho su principal, y que era preciso despachar al siguiente día.

Esperando, pues, la hora que creyó más oportuna para desempeñar su comisión, se acercó sin otro objeto que el de distraerse observando a las mesas en que la gente pobre se ocupaba en exponer a los juegos de azar, que al aire libre se celebraban, los ahorros tal vez de todo el año.

—Adiós, chico—oyó que le decía un joven elegante y de buen humor, a otro que se detuvo a comprar fruta—. ¿Qué tal te han tratado?

—Como a todos; no me han dejado más que este real que estoy empleando en comprar manzanas para depositar algo en el estómago, pues hasta el dinero que tenía destinado para comer lo he perdido.

—Igual cosa me ha sucedido a mí, aunque con la notable diferencia que a mí ni para manzanas me ha quedado.

—Pues si gustas de éstas, aquí las tienes.

—Sí; tomaré un par de ellas, siquiera para entretener el hambre.

—Y encima tomaremos un trago.

—¡Hola! Eso es bueno; así podremos echar algo caliente al estómago. ¿Tienes vino, eh?

—No; pero podremos tomar agua, que nada cuesta, y aquí es buena.

—Excelente licor para tomarlo encima de las manzanas, y coger un cólera morbo que nos lleve al otro barrio.

—Pues, amigo, no queda otro remedio; conque vamos.  
—No; suspendamos por un momento esa purga, que aquí llegan varios amigos, y puede ser que hayan sido más afortunados que nosotros.

—¡Dios te oiga!  
No bien habían acabado de decir estas palabras, cuando se acercaron a nuestros dos interlocutores cuatro jóvenes a quienes hicieron esta pregunta, de costumbre en esos días:

—¿Qué tal les han tratado a ustedes?  
—A mí, perfectamente, porque me han aligerado completamente del peso que llevaba en los bolsillos, y de balde, que no lo hacen así los recaudadores de contribuciones, que le cobran a uno, por haberle desplumado, un tanto por ciento.

—Pues a mí me han dejado a la cuarta pregunta; esto es: pidiendo «el pan nuestro de cada día dánosle hoy», que es la cuarta petición del Padrenuestro, y la más interesante en estas alturas.

—Pues no he sido yo más afortunado—añadió otro—; porque he perdido hasta los dos pesos destinados al billete del carruaje, y tendré que hacer el viaje como el judío errante.

—¿Quién piensa en volver a México—añadió el cuarto— sin asistir primero por la tarde al baile del Calvario, y por la noche al que se da en los Gallos, pasando alegremente las horas hasta el amanecer?

—¿Con quién? ¡Conque no tenemos para saciar el apetito, ni para volver en coche, y habíamos de pensar en el baile!

—¿Por qué no?

—Y ¿quién nos da para pagar la entrada?

—Yo.

—¡Hola!—dijeron todos con alegría y rodeándole—. ¿Conque has ganado, eh? ¡Si eres el hijo de la dicha! ¿Y cuánto, cuánto?

—Hasta ahora, nada.

—¡Nada!...—exclamaron a la vez, sucediendo a la animación de la esperanza el desconsuelo del desengaño.

—Pero ganaré, porque me ha dado, como dicen, «corazonada».

—Bueno—le dijo uno—; pero juega «chica», porque se estaba haciendo «chica» cuando yo me quedé a la luna de Valencia.

—No—le aconsejó otro—; juega mejor a la primera que salga.

—Yo creo—añadió un tercero—que lo más acertado es jugar «lugar».

—Para el que está de suerte—observó uno—, las reglas son inútiles, pues a cualquier carta que ponga, ganará.

—Es cierto. ¿Y cuánto es tu capital?—le preguntó el primero.

—Dos...

—¿Doscientos pesos?—le interrumpió el mismo, sin dejarle acabar.

—No; dos...

—¿Dos onzas?—exclamó el segundo, atajándole también la palabra.

—No, hombre; dos...

—¿Dos pesos?—preguntó el tercero con igual impaciencia.

—Tampoco; dos...

—¿Dos mil?—exclamó otro frotándose las manos.

—Si no me dejáis decir cuánto, nunca acabaré.

—Bien, ya te dejamos, habla.

Y le volvieron a rodear y a mirarle con interés, como el naufrago mira la playa que de repente se presenta a su vista.

—¿Es decir, que estáis empeñados en saber la cantidad?

—Sí..., sí; ¿cuánto?

—Dos reales.

Todos dejaron escapar una exclamación de disgusto, haciendo un gesto de desagrado.

—¡Dos reales!...—dijeron despreciativamente.

—Sí, dos reales, que es cuanto me han dejado; pero, ¿qué importa la cantidad?

—¿Cómo qué? Con dos reales no puedes jugar albures, pues no admiten en ellos menos de tres pesos.

—No se juegan albures.

—Pues, entonces, ¿a qué juegas?

—Al imperial; seguidme, ya veréis, ya veréis cómo gano. Y se dirigió hacia la mesa del «imperial».

Félix, sin detenerse a ver el resultado del juego, siguió su paseo; visitó el palenque de gallos; donde tenían lugar unas tras otras las peleas de esos bravos animales, y en que se cruzaban gruesas sumas de dinero; en seguida recorrió algunas de las bellísimas huertas de la población, y, por último, fatigado por el calor y el cansancio, entró en una de las muchas neverías que en esos días se improvisan por todas partes.

—¿Qué toma usted?—le preguntó un mozo que se acercó a él—. ¿De leche, de limón, de rosa, de fresa, de tamarindo, de zapote, o de lima?

—De limón.

—¿Vaso chico o grande?

—Grande.

—Está muy bien, señor amo.

Félix, que se había colocado en un rincón junto a una cortina que servía de división a la pieza para hacer de ella dos departamentos, se puso a tomar tranquilamente su refresco, cuando oyó algunas palabras que despertaron su curiosidad, pronunciadas por algunas personas que debían estar, sin duda, junto a él, pero a las cuales no podía ver, porque mediaba entre ellas y él la cortina divisoria.

—Y ¿dónde dices que encontraron muerto a ese hombre? —preguntó una voz de mujer.

—En la esquina del callejón de Mecateros, enfrente de las Cadenas.

—¿Y era joven?

—Joven y de muy buena figura; blanco, de pelo rubio, y bien vestido.

—¿Y de qué era la herida?

—De pistola.

—Tal vez tendría algún rival, y...

—Eso creen muchos, que le mataron sorprendiéndole traidoramente.

—¿Y hace mucho tiempo de eso?

—Yo lo he sabido hoy; pero creo que el suceso no pasará de dos o tres días.

Félix se sorprendió sobremanera; aquellas señas correspondían perfectamente con Núñez.

Hacía precisamente tres días que había tenido lugar el concierto, y que había oído tiros hacia el callejón de Mecateros, poco después de haber salido de la reunión el joven que tanto había llamado la atención pulsando el piano.

Félix, como todo hombre de hidalgo corazón, se conmovió profundamente al escuchar aquella fatal noticia.

Cierto es que pocos días antes había experimentado cierto desasosiego interior al ver que ocupaba aquel hombre un lugar preferente en el corazón de la hermosa Soledad; pero aquel sentimiento moría ante el deseo de la felicidad de la interesante joven.

La dicha de ésta le interesaba más que la suya propia; y al considerar en el golpe fatal que recibiría al saber la muerte del sér que vivía a todas horas en su mente, su corazón se oprimió de profunda pena y de letal malancolía.

Félix aplicó con más atención el oído para ver si en efecto correspondían con Núñez las señas que siguiesen dando de la víctima, y se convenció de que no podía ser otro.

Triste con la consideración del pesar en que aquella no-

ticia sumergiría a la sensible Soledad tan luego como llegase a sus oídos, iba a levantarse para desempeñar su comisión con Duval y volver al lado de la hermosa joven, cuando le detuvieron estas nuevas palabras, pronunciadas por las mismas personas:

—Siempre matan a los buenos; ¿a que no matan al «doctor» Willey?

—¡Qué ganas tiene mi compadre Margarito de que se muera o maten al «dotor»!

—¿Y no tengo razón, compadre don Loreto? Si ese hombre de «al tiro se pela» con «respeuto» a las mujeres; ni nuestras novias están seguras con él; siempre que tenemos algún baile, allí está él platicando con la linda «Pies de Plata», mientras hace guiños a la «Tangos», y «pela el jalisco» a la «Federacha».

—Y ¿qué hay con eso?—contestó ésta—. No puede «platicar» con «quen» le «nazca»? La pena es para él, pues lo que nos dice nos entra por un oído y nos sale por el otro.

—¡«Quen» sabel!... Al fin es de «futraque» y de «tiros largos», y a las mujeres siempre les da por la «deciencia»; pero el día en que se me suba el «jumo» a las narices, le doy un «jierrazo» que le echo «juera» el mondongo.

—No diga usted eso, compadre.

—¿Y por qué no?

—Porque es socio del señor Duval, por quien ganamos «harta plata».

—Más gana él por nosotros.

—¡Cómo!

—¿«Queren» ustedes, «valedores», que les diga lo que pienso?

—Sí.

—Pues en mi «conceuto» los pesos que solemos conducir no son fabricados en ninguna casa de moneda de la nación, ni los hace ningún empleado del gobierno.

—Pues ¿en dónde?

—En alguna de él.

—¿De Duval?

Félix prestó mayor atención a lo que hablaban.

—Sí.

—Pero, ¿en qué se funda usted, compadre, para decir eso?

—Me fundo en que siempre nos entregan el dinero en el pueblo a donde vamos, de noche y con muchas precauciones, y salimos antes de nacer el día.

—Eso no tiene nada de particular.

—¿No?

—No.

—Pues bien, aquí para entre nosotros—añadió, bajando la voz cuanto le fué posible, pero no tanto que no pudiese oír Félix lo que decía—, como que soy «pico largo», y quería salir de mis dudas, partí una vez un peso, y vi que lo de encima era plata y el corazón de cobre.

Félix se sorprendió.

—¡Vaya! Esa sería una casualidad... ¡Hay tantos pesos falsos!

—Eso creí yo al «prencipio», pero como al siguiente viaje partí otro, y luego otro, y todos me salieron iguales, ya casi no me queda duda de que Duval es monedero falso.

Félix no quiso escuchar más; aquellas palabras habían despertado en él sospechas que se propuso descubrir.

Las grandes compras hechas con tanta frecuencia por Duval sin detenerse en ajustar los géneros; la franqueza con que muchas veces adelantaba al señor Flan gruesas sumas de dinero sin exigir premio alguno, y las periódicas remesas en metálico que recibía del interior, todo concurrió a hacerle creer en aquel momento que las palabras que acababa de escuchar no carecían de fundamento.

Levantóse, pues, de su asiento, y dominado por la sospecha que se había introducido en su alma, y por el sentimiento de la muerte del joven que, en su concepto, no podía ser otro que Núñez, se dirigió a desempeñar la comisión que le había llevado a ver al señor Duval, resuelto a volver inmediatamente a México para descubrir lo más pronto posible la verdad, pero sin comunicarle nada al señor Flan, hasta no estar plenamente convencido de la verdad.

Al entrar en la sala de juego, tropezó con los mismos jóvenes que había visto en la plaza, y que ahora salían llenos de alegría y de entusiasmo.

—¿Lo ven ustedes ahora?—decía el que se dirigió a jugar al «imperial». ¿Ven ustedes cómo con la peseta gané treinta y seis de un golpe en el «imperial», o lo que es lo mismo, nueve pesos, y con los nueve pesos con que ya pude venir a jugar albures, he ganado cincuenta onzas?

—Es verdad.

—Y ¿qué merecen ustedes ahora, por haberse burlado de mi pronóstico, cuando dije que yo les proporcionaría el dinero para todos los gastos?

—Que nos lo dieses doble.

—Merecían ustedes que yo les dejase con el estómago vacío; pero no; vamos a comer todos, como entonces dije, opi-

paramente; después iremos al baile del Calvario, en la noche al de los Gallos, y mañana temprano a México, para desempeñar nuestras obligaciones, y no volver a jugar hasta el año entrante.

—Dices bien.

—Lo malo es que en el baile no estarán las dos jóvenes más lindas de México.

—¿Quiénes?

—Clotilde y Luz.

—Cierto.

—Y ¿por qué?

—Porque la primera está en vísperas de casarse con Duval, y por lo mismo, triste y retirada de las diversiones, pues le hacen renunciar a Leopoldo; y la segunda, se ignora a dónde la llevaron sus raptos.

—¡Pobre Leopoldo y pobre Rafael! Pero, señores, yo tengo un apetito indecible, y puesto que hay quien haya ganado y nos convide a comer, estoy porque obsequiemos las necesidades del exigente estómago.

—Apruebo la proposición—gritaron todos.

—Pues a comer a la fonda—exclamó el que había ganado. Y todos se dirigieron hacia la fonda.

En el mismo momento en que aquellos jóvenes salían llenos de contento y de satisfacción, se veía en la mesa de juego un hombre con los ojos encendidos, con la desesperación pintada en sus facciones, y con los labios blancos y secos por la ira. Tenía clavada la vista en una carta, a la cual había apostado cuatrocientas onzas.

Aquel hombre casi no respiraba, temiendo atraer la carta contraria con su aliento. Un sudor frío bañaba su frente.

Su boca se veía entreabierta por un impulso de temor y de esperanza.

Media hora antes, aquel hombre casi había sido dueño de cuanto tenía la «banca», pero la suerte le volvió la espalda y no le quedaba de todas sus ganancias, más que lo que acababa de apostar.

Su ansiedad era extrema.

A cada carta que salía, sentía impulso de retirar su apuesta, pero la esperanza de que podía salir la suya le contenía, y dejaba correr el albur, dominado siempre de los mismos impulsos.

Cada carta que empezaba a asomar, era un salto que le daba el corazón.

¡Oh!... Aquél era un tormento inaudito que se prolongaba por lo mucho que se retardaba en decidir la suerte.

Aquel desgraciado era Diego, el esposo de Elisa.

La ambición de desbancar, de llevarse hasta la carpeta, si hubiera sido posible, le había obligado a continuar jugando cuando se encontraba con una ganancia de cerca de treinta mil pesos.

Creó que indudablemente se le iban a realizar sus bellos ensueños de grandeza, y dejándose dominar por su codicia, desafió a la fortuna, que le volvió el rostro indignada de que abusasen de su condescendencia y de su favor.

Ciego entonces por la ira y el despecho de verse contrariado duplicaba las apuestas con la esperanza de acertar un albur y recobrar lo perdido, pero sus ilusiones se desvanecían ante la realidad.

Todo lo fué perdiendo.

La suerte se declaró su enemiga, y luchar contra ella era coadyuvar a su propia ruina.

—¡Oh!... Si llego a rehacerme de la cantidad de que ya era dueño, me retiro al instante a mi casa y no vuelvo a jugar en mi vida—decía interiormente en aquel momento en que el tallador iba corriendo la baraja.

Pero aquellas mismas palabras las había dicho ya varias veces en aquel mismo día, cuando miraba menguarse su capital; pero aunque tres veces se volvió a ver dueño de lo que había poseído, otras tantas se olvidó de su propósito, y anhelando llevarse cuanto había en la «banca», llegó a verse por último en el caso extremo en que le acabamos de encontrar.

El albur entre tanto corría.

Era un cinco para un cuatro.

Diego iba al cuatro.

Sus ojos, fijos en la baraja, estaban inyectados por la sangre, que se le agolpaba del corazón. Su pecho estaba oprimido como por una plancha de hierro. Su respiración era desigual y agitada.

A cada carta que empezaba a asomar, su pupila se dilataba; la sangre suspendía su circulación; una corriente fría helaba sus miembros, y un estremecimiento interno sacudía su naturaleza.

Nadie pronunciaba una palabra.

Un silencio sepulcral reinaba en la sala. No se escuchaba más que el ligero ruido de la baraja, que magistralmente corría el tallador, haciendo palidecer a cuantos rodeaban la fatal mesa.

Diego estaba demudado.

Casi convaleciente aún de su enfermedad y de su herida,

débil su cerebro por la excitación nerviosa, originada por sus continuas noches de vigilia, su continua agitación y su falta de alimento, presentaba un aspecto el más imponente y desgarrador.

De repente clavó la vista con más ansiedad en la baraja..., apareció el principio de una carta..., era, a no dudar, un cuatro o un cinco..., la ansiedad era terrible... El tallador corrió... ¡Era un cinco!

Diego se llevó la mano a la frente, dándose una palmada; dejó escapar un gemido; se levantó de su asiento..., y salió a la calle con los ojos inyectados, con la corbata y el chaleco en desorden y frenético como un loco.

¡No tenía un real! ¡Lo había perdido todo!... ¡Ni aun contaba con la suma para tomar el billete del carruaje y volver a México!

En aquel momento dos hombres montaban en un ómnibus que regresaba a la capital.

Uno de ellos era Félix; había desempeñado su comisión, y volvía pensando en la muerte de Núñez y en la manera de descubrir la realidad con respecto a la conducta del señor Duval.

El otro personaje era Willey, que al ver al esposo de Elisa en la imposibilidad de volver por entonces al lado de su esposa, trataba de aprovechar aquellos instantes oportunos para alcanzar sus depravados fines.

La noche empezaba a tender su negro manto sobre la anchurosa tierra.

Las salas de las casas de juego estaban ya espléndidamente iluminadas. Dentro de ellas se escuchaba el ruido del oro.

Fuera, la plañidera voz de los miserables mendigos que demandaban una limosna.

Por una puerta se veía entrar a los que iban llenos de risueñas esperanzas, halagados por el dulce sueño de ganar. Por la otra, se veía salir a otros, tristes y desesperados.

La plaza estaba llena de estos últimos, que se dirigían al baile, para tener siquiera donde pasar la noche y estar al abrigo de la intemperie, mientras otros se agrupaban alrededor de los que montaban en coche, para ver si encontraban algún amigo que les pagase el viaje para volver a México, en tanto que no pocos se veían precisados a esperar la luz del día, sentados debajo de un sombrero, o a volver a pie a la capital, haciendo una jornada de cuatro leguas, sin lastre en el bolsillo, ni en el estómago.

El ómnibus en que hemos visto entrar a Willey y a Félix, se disponía ya a partir.

En aquel momento llegó a aquel sitio Diego, el esposo de Elisa, pálido, con la corbata en desorden, con los ojos inyectados en sangre y como fuera de sí, queriendo entrar en el carruaje. Pero no tenía dinero.

El doctor, al verle, se cubrió, para no ser descubierto, entre las muchas personas que ocupaban el ómnibus.

Su objeto era dejarle allí para poder hablar a Elisa sin temor de ser sorprendido.

La obscuridad de la noche era ya completa.

El cochero subió en el pescante, dió un grito de «vamos», y mientras el carruaje partía velozmente, llevando a los individuos que habían penetrado en él, Diego, con los brazos cruzados, quieto en medio de la plaza como un insensato, ardiendo la frente y oprimido el corazón, pronunciaba palabras incoherentes, como un desgraciado a quien ha abandonado la razón.

¡Hacía un momento que era dueño de muchos miles de duros!

¡Ahora nada tiene que llevar a su familia!

## CAPITULO XI

### Una sorpresa

—¿Tampoco esta noche vendrá papá a dormir a casa? —decía la hermosa niña Julia a la infeliz Elisa, mientras su hermana Teresita tenía enlazado con uno de sus lindos brazos el cuello de su mamá, y extendía el otro dando la mano a su querida hermana.

—¿Tampoco, hija mía!—contestó tristemente la desdichada madre, exhalando un suspiro.

—¿Y no sabes cuándo vendrá?

—No, Julita, no lo sé..., ¡tal vez mañana! Sí; yo espero que venga mañana.

—¡Tres días sin verle!... Esto debe entristecerte, ¿no es verdad, mamá? ¡Y nosotras que no sabemos consolarte!..., que no hacemos más que aumentar tus penas, porque te desvives para que nada nos falte..., mientras tú...

—¡Ah! ¡Vosotras sois mi consuelo!... Sí, hijas mías—exclamó, estrechándolas contra su pecho, con la emoción más profunda de que es capaz el corazón de una madre—. Vuestro cariño, vuestra obediencia, vuestra ternura para conmigo, es la felicidad mayor a que puedo aspirar en la tierra!... ¡Aumentar vosotras mis penas!... ¡Vosotras, que sois el bá-

samo de mis padecimientos!... ¡Vosotras, que no tenéis más placer que estar a mi lado, como yo no tengo otra dicha mayor que estar con vosotras!... No, hijas mías; lejos de aumentar mis sufrimientos, henchís mi alma de una ventura sin límites, de un consuelo inefable y celestial.

—¡Oh!... ¿De veras, mamá?—exclamaron las dos niñas, brillando en sus ojos la alegría más inocente y pura.

—¿Podéis dudarle, hijas mías?

—¡Ah!... ¡Cuán dichosas somos al escuchar que conseguimos aminorar con nuestro amor tus penas!...—dijo Teresita—. Pero si es cierto lo que dices, ¿por qué desprenderse de tus ojos en este instante esas lágrimas que bañan tu semblante? ¿Por qué lloras, madre mía?

—¡Lloro de placer..., de satisfacción..., de ternura..., de amor hacia vosotras!... ¡Sí; estas lágrimas son de exceso de felicidad, de gratitud a Dios, que se ha dignado darme por hijas dos ángeles de pureza y de candor, de obediencia y de amor filial!...

—Pero nosotras solas—advirtió Julia—no podemos tranquilizar del todo tu corazón. Para conseguirlo, falta una persona.

—¿Cuál, hija mía?

—Papá, que debe quererte mucho.

—Sí..., ¡como os quiere a vosotras!...

—Pero es muy desgraciado, según nos dijiste... Va a trabajar para procurarnos todos los bienes, y sólo encuentra reveses de fortuna... ¡Pobrecito!... Desde la última noche que le vimos, le quiero más. ¡Es tan bueno! ¡Aun siento sobre mi frente el beso que me dió al acostarme! ¡Es el primero que me ha dado! ¡Ah! ¿Por qué se fué sin despedirse de nosotras?

—Quiso hacerlo..., pero estabais dormidas y no quiso turbar vuestro tranquilo sueño!...—exclamó Elisa enternecida, tratando de disculpar a su esposo y de que conservase en el corazón de sus hijas el cariñoso lugar que corresponde a un buen padre.

—¿De veras?—dijo Teresita, irradiando sus ojos de alegría—. ¡Cuánto le quiero!... ¡Cuánto le agradezco el que se acercase a nuestro lecho! ¡Oh! ¡Lo que siento es no haber despertado en aquel instante, para abrazarle y despedirme de él!...

—Igual pena tengo yo—agregó Julia—, y lo peor es que se le agrega la de haber visto tan triste a la señorita Soledad, que ha venido a visitarte después de tanto tiempo...

—¡Pobre Soledad!—exclamó Elisa.